

Autoetnografía en la universidad: un ejercicio de enseñanza-aprendizaje

*Silvia M. Bénard Calva*¹
Universidad Autónoma de Aguascalientes, México

Resumen

En este texto se describe el proceso de enseñanza-aprendizaje que tuvo lugar en un taller de investigación de la carrera de sociología, con una duración de dos semestres consecutivos, en la universidad pública de la ciudad de Aguascalientes, México, en el segundo semestre de 2015 y el primero de 2016. En este artículo se dará cuenta del proceso de hacer investigación desde la autoetnografía como una estrategia de indagación de lo social, cultural y político a través de lo personal. El año durante el que compartimos la experiencia (alrededor de diez estudiantes, la mayoría mujeres, mi asistente de investigación y yo como la profesora), pudimos ir delimitando temáticas relevantes para cada estudiante y sus posibles coincidencias entre ellas; ejercitamos una y otra vez el deshacernos de prácticas de investigación que emulando el método lógico deductivo de las ciencias naturales que insisten en la separación entre quien investiga y a quienes investiga; y paulatinamente logramos en mayor o menor medida, establecer otro tipo de relación entre las personas participantes. Por último, se presentan algunas conclusiones.

Palabras clave: autoetnografía, investigación cualitativa, enseñanza-aprendizaje, México

Autoetnografia na universidade: Um exercício de ensino-aprendizagem

Resumo

Autoetnografia na universidade: um exercício de ensino-aprendizagem Neste texto se descreve o processo de ensino-aprendizagem que ocorreu em uma oficina de pesquisa do curso de sociologia, com a duração de dois semestres consecutivos na universidade pública da cidade de Aguascalientes, México, durante o segundo semestre de 2015 e o primeiro de 2016. Neste artigo se abordará o processo de fazer pesquisa a partir da autoetnografia como uma estratégia de indagação do social, cultural e político através do pessoal. No ano que compartilhamos essa experiência (aproximadamente 10 estudantes, a maioria mulheres, minha

¹ PhD en Sociología, Universidad de Texas en Austin. smbenard@correo.uaa.mx



assistente de pesquisa e eu como professora), foi possível ir delimitando temáticas relevantes para cada estudante e as possíveis convergências entre elas; exercitamos algumas vezes o desfazernos de práticas de pesquisa que simulam o método lógico dedutivo das ciências naturais, que insiste na separação entre quem pesquisa e a quem pesquisa; e gradualmente conseguimos em maior ou menor medida estabelecer outro tipo de relação entre as pessoas que participavam. Por último, se apresentam algumas conclusões.

Palavras-chave: autoetnografia, pesquisa qualitativa, ensino-aprendizagem, México

Autoethnography at the university: A teaching learning experience

Abstract

This text describes the teaching-learning process that took place in a one year long research class with undergraduate sociology students, at the public university in Aguascalientes, México during the fall semester in 2015 and the spring semester in 2016. This article will give account of the research process followed by the autoethnographic perspective, as a research strategy to understand the social, cultural, and political from the personal. The year during which we shared this experience (around ten students, mostly women, my research assistant and I as professor), we could delineate relevant topics for each of the students and the possible coincidences among them. We exercised, time after time, the research practices learned from the logical-deductive model of the natural sciences which, among other things, insists on separating the researcher from the researched. Slowly and in different degrees, we could redefine and strengthen the relationship among us. In the end, I present a conclusion.

Key words: Autoethnography, qualitative research, teaching-learning, Mexico

El trayecto

Agosto

Estoy trabajando en mi cubículo un día entre semana, ya terminó el período de clases. De repente Oli toca la puerta y entra. Tan pronto se sienta me confiesa:

Es que me dieron ataques de pánico maestra, ¡y todo por culpa de la autoetnografía! Quería salir de mi casa, estaba sudando, ya me iba, pero mi papá me tomó de los brazos y él y mi mamá me gritaban, ‘¡cálmate, cálmate!’ Luego me llevaron al psiquiatra y éste me dio muchos medicamentos, y por eso ahorita no siento nada, tengo mucha sed y estoy dopada, todo el día estoy dopada.





A la semana siguiente. Estamos en el período vacacional entre el primero y el segundo semestre de la clase de autoetnografía. En esta segunda ocasión Oli vino otra vez a mi cubículo. Hoy puedo ver mejor su cara que seguido esconde tras el cabello, noto su postura menos encorvada que de costumbre. Está yendo con un hipnotista para controlar sus ataques de pánico, le han bajado la dosis del medicamento que le dio el psiquiatra y comenta que en general se siente mejor.

Me da pena que se preocupe por mí, maestra –me dice después–. No crea que me puse así nada más por la autoetnografía, son muchas cosas a la vez. Ya no quiero quitarle más tiempo ni que cargue con mis problemas además de los de todo el grupo.

Ha sido muy gratificante ir pudiendo profundizar mi relación con ella. Al principio Oli parecía ida y muy poco interesada en la clase, pero con el paso de las semanas fue abriéndose y pudo contactar sus propios sentimientos, hablar con sus compañeras y también conmigo.

Viernes 21

¡Qué día! No quiero olvidarlo. Era la primera clase de la segunda parte del curso de Autoetnografía. Cuando llegué al salón no había muchas alumnas, fueron llegando poco a poco más tarde. Los únicos dos hombres, Jaime y Gerónimo, que por fin habían venido a mi oficina un par de días antes para comunicarme que sí se inscribirían a este segundo semestre de la materia, tampoco llegaron.

Retomamos este segundo semestre de la clase de autoetnografía hablando de hasta dónde habían hecho avances sobre sus procesos de indagación en el semestre anterior, tratando de ver si había alguna relación entre ellos y sus temas a investigar en el Taller Terminal I (¡qué nombre!), que cursan para escribir una tesina durante su último año de la carrera.

Empieza Alicia: *¡Mi tema sí tiene relación!* Su afirmación luego luego llamó mi atención. Sé que Alicia ha estado lidiando con la autoetnografía. Cuando salió mi libro *Atrapada en provincia* (2014) sé por su mamá –una muy buena amiga mía a quien menciono en mi libro bajo el pseudónimo de Selene–, que Alicia le decía una y otra vez, *Silvia se expone mamá, se expone...* y le costaba leer el libro pues hablo de nuestras vidas compartidas desde antes que Alicia naciera.

Volvamos a la clase:

Yo quiero –nos comenta Alicia con entusiasmo–, analizar dos grupos en Internet de mujeres [uno de diseñadoras y otro de sociólogas] que pretenden apoyarse entre ellas para difundir sus obras.

Me gusta porque son mujeres, que se apoyan y comparten lo que hacen. Y a mí me ha servido, porque son libres y menos binarias en eso de o ser hombre o mujer, eso de ser una u otro. Te dan espacio para vestirse y actuar con más libertad y sin etiquetas.



Unas son diseñadoras y entonces son más gráficas, no escriben tanto. Solamente utilizan su espacio virtual para compartir lo que hacen. Las otras, como son sociólogas, suben más artículos, tales como el neocolonialismo en la actualidad, o cosas sobre género...

Y tiene que ver conmigo porque yo empecé a seguirlas, sobre todo a las diseñadoras, porque a mí me ha servido desde antes de pensar en hacer mi trabajo de tesis sobre ellas. Por eso mi proyecto de tesina será también autoetnográfico.

Mientras habla Alicia, yo internamente reconozco mi enojo porque decidió no ser más becaria en mi proyecto de investigación y cambiarse con otra colega, del departamento de comunicación; también me siento enojada porque la semana anterior a que empezara la clase fue a decirme, sin hacerlo abiertamente, que prefería no tomar la segunda parte del curso de autoetnografía. Sé que tiene buenas razones para haber tomado ambas decisiones, pero no dejo de juzgarme como insuficiente y por abajo de sus expectativas... ¡Qué tontería, que tontería! Ya me había preguntado si por la tarde podía ir a la casa a llevarme un regalito, algo para agradecerme que la había invitado a ser becaria, y hasta ya había yo acordado con otra alumna para que tomara su lugar. ¿Por qué tengo que atormentarme con eso, por qué no puedo reconocer que sus razones para tomar ambas decisiones son válidas y pertinentes para su trayectoria académica?, ¿por qué no aceptar hasta dónde he contribuido a su proceso de formación?

* * *

De pronto llega Oli al salón y pregunta sí puede pasar. Se sienta y tan pronto termina Alicia y pregunto quién más quiere compartir, Oli levanta la mano. Hoy se ve diferente, su cara tiene mucha luz, mira de frente y no se esconde tras sus cabellos en la cara.

–Ya no quiero seguir con lo de la enfermedad de mi papá. Bueno, les digo que este verano fue... bueno, la maestra sabe. A partir de la autoetnografía, y platicando con un grupo en Internet... bueno, tengo crisis de ansiedad, ataques de pánico, es que, pues, soy lesbiana.

–Olivia –le pregunta a una de sus compañeras que se describe abiertamente como lesbiana desde hace ya tiempo–, ¿tú lo sabías?

–Pues sí, tengo mi lesbiarradar, como decimos nosotras.

Luego se vuelve a Carolina y le pregunta: *¿Y tú?* Así va preguntando a cada una de sus compañeras. Su rostro se ve cada vez más expresivo. Alicia le comenta, *se te nota Olí, te ves muy diferente. Ya no te escondes en tu pelo, ya estás aquí, a veces parecía que estabas en otro lado. ¡Qué bien, qué va! Y todo es por la autoetnografía* –contesta Oli–. Yo emito un profundo suspiro.

* * *

Unos cuantos días después, Daniel, un alumno del doctorado de quien soy tutora de tesis, por fin se comunicó conmigo, luego de semanas de sacarme la vuelta, para decirme que estaba pensando dejar el programa.



Ya antes de salir de vacaciones recibí copia de una carta del coordinador del Doctorado dirigida a Daniel, en donde lo reprende por no haber asistido a todas las sesiones de presentación de avances de tesis de sus compañeros. ¡Me quedé paralizada! Vane, querida Vane, de quien era yo su tutora de tesis en el mismo doctorado, se suicidó cerca de dos años antes. Ella había recibido una carta igual a la que recibió Daniel: misma queja del coordinador, mismo desgano de los dos, y similar nivel de compromiso social, activismo y decepción con la situación actual. ¿Y si le pasa algo a Daniel? No dejo de pensar que pude haberme dado cuenta de la situación de Vane y no lo hice. Kris y yo (miembro de su comité y tutora respectivamente), le insistíamos en que incluyera más pasajes autoetnográficos pensando que así podría contactar mejor con sus razones profundas para hacer su investigación. Ella lo hacía con dificultad, pero con escritura impecable, gran inteligencia y mostrando su convicción por el cambio.

Entre lágrimas intentaba explicarle a Pepe (amigo y ahora mi asistente de investigación) la encrucijada en la que me sentía por la situación de Daniel y mi dificultad para definir hasta dónde podía hacer algo. Una vez desahugué un poco mis temores en esa plática, fui a hablar con el coordinador del doctorado:

–¡Tengo miedo de no poder responderle a Daniel!

–Yo también Silvia, a mí también me da miedo. Les he dicho mucho a los alumnos que el doctorado no es lo principal en su vida, que atiendan sus asuntos personales.

–Esto me hace pensar en Vane. ¿Cómo pude no darme cuenta de que estaba tan deprimida?

–Sí Silvia, ya sé. Pues qué hacemos. Puede dejar el programa indefinidamente, ya hay un caso y el CONACYT no ha dicho nada. Dile que puede hacer eso.

–Sí. Es que tiene muchos conflictos en muchos frentes a la vez, no es solo el doctorado.

–¿Y si le sugieres que haga una estancia? Que se vaya con Kris, o también se puede ir a Ixmiquilpan. Ahí están Oralia y Chava, que tienen mucho trabajo con la comunidad y ya han vivido todo tipo de situaciones. Además, es muy barato y le alcanzaría con su beca.

–Con Kris no, porque hay mucho soldado estadounidense en el campus, hasta vestidos con uniforme. Si a mí me incomodó, imagino que a Daniel eso lo perturbaría mucho. Ixmiquilpan es buena idea, también se puede ir con Brett a Nueva York. Brett es muy abierta y trabaja en una universidad pequeña.

–Pues coméntale. Es una oportunidad para que ponga distancia de todo y pueda después tomar decisiones. También te voy a pasar unos artículos de autores de los Cultural Studies en Inglaterra y de cómo fueron aproximándose a la relación entre sus prácticas políticas y académicas. Ellos proponen opciones que quizá sirvan a Daniel.

–Muy bien, le voy a comentar.

* * *

Volvamos a la clase de autoetnografía. Olivia se ha pasado buena parte del tiempo escribiendo en su celular, creo que *texteadando* con otras personas. Sentada a mi mano izquierda puedo verla de reojo, mientras Oli sentada frente a mí en un círculo rodeado por las demás alumnas, nos confiesa: *soy lesbiana. Salí del closet con ustedes, porque mis papás ya sabían y a la maestra, pues a ella ya le había dicho también.* Se quita la chamarra y sale. Entonces Carolina comenta, *¡hasta se quitó la chamarra!, de veras que es otra* –comenta Eliza–. Cuando regresa



Oli, Alicia le dice que le da mucho gusto por ella y la felicita. Oli le pide a Olivia que la deje darle un abrazo y se estrechan en medio del salón.

Yo siento como mi cuerpo se distiende, mi respiración se normaliza y puedo empezar a compartir la alegría que flota en el salón escuchando a Oli hablar:

La verdad es que yo estuve fuera de la carrera un tiempo, y regresé por el pinche título, pero ya no me interesaba la sociología. La verdad. Pero me encontré con esta clase de autoetnografía y me reencontré con la sociología. Y ahora quiero escribir mi tesis sobre esto, porque he tenido muchos problemas. Me sentía muy aislada, muy sola... Y ahora, ese grupo que tengo en el feis, me ha ayudado mucho y quiero hablar de eso, de cómo me ha ayudado; en el grupo tengo amigas lesbianas de muchas partes del mundo y ahí hablamos de las dificultades que también tienen ellas en sus países.

Después le dice a Olivia, *y que raro, las dos nos llamamos Olivia y las dos...* Antes de que termine de hablar, su compañera le contesta sin vacilación, *pues sí, algo hay en eso, hay muchas Olivias que somos.*

En el descanso –a mitad de la clase, que es de cuatro horas– Oli y yo vamos por un café. Está tan emocionada, me pide permiso para abrazarme. En ese momento, con ella, me reencuentro con la sociología, también con eso de dar clases, y con intentar ser responsable con las y los alumnos.

* * *

Una vez que regresamos, ahora que se siente esa atmósfera más relajada, tan pronto me topo con Olivia, empiezo yo por mis adentros a despotricar: ¡Cómo me molesta que Olivia haga eso! ¡Bien podría ponerle atención a Oli! Me siento menospreciada, inconsciente, sin herramientas feministas. Siento que les pasa lo mismo a sus compañeras, pues cuando hacen algún descubrimiento sobre sí mismas y sus trayectos hacia su propio conocimiento, ella hace afirmaciones que nos demeritan. Por ejemplo, al principio de la clase, solo había intervenido en la discusión para contestarle a Alicia que ella sí estaba por la idea de que castraran hombres. Esto en respuesta a un comentario de Alicia sobre un grupo de Internet que refería que otros grupos de Internet le parecían extremos. A eso Olivia contestó: *pues otras compañeras y yo creamos y participamos en un grupo que está a favor de la castración de los hombres.*

Después Olivia volvió a intervenir para decirnos que ella y otras personas habían hecho una denuncia contra investigadores en instituciones como El Colegio de México, donde los profesores hacían comentarios machistas. Por último, cuando Alicia comentó que el símbolo de uno de los grupos de Internet que quería estudiar tenía la imagen de *Sailor Moon* (una caricatura animé), y de la nada escuchamos la voz de Eliza diciendo, *¡ay, a mí me encanta Sailor Moon!* Olivia afirmó: *pues no hay nada más gay que Sailor Moon.* Alicia ha estado lidiando con los estereotipos binarios, Eliza con su concepción romántica sobre el amor en pareja.

Una vez terminada la clase, Olivia aprovechó para quejarse.



–Estoy harta de la academia, ¡está llena de mierda! Le estoy haciendo sus trabajos a una estudiante de doctorado que nada más se los va enviando a su profesor sin siquiera leerlos. ¡¿Cómo es posible?! ¡Es el colmo, está todo podrido!

–Eso es crimen de cuello blanco, si no está bien y lo sabes, por qué lo haces –le pregunté yo.

–Pues porque necesito el dinero maestra.

–Puedes buscar otro trabajo.

–No, no me pagan igual y ahora yo soy la que sostiene a mi familia.

Conozco a Olivia desde hace más de un año, le di clase a su grupo en dos ocasiones antes de que ella y tres compañeros de su generación se inscribieran a las clases de autoetnografía. Desde entonces ha sido una alumna sobresaliente. Escribe muy bien, prepara sus clases y sus calificaciones son casi siempre excelentes. También desde que la conocí se autodefinió enfáticamente como feminista y como lesbiana. La relación ha sido tirante entre ella y la mayoría de sus compañeras y compañeros, y también conmigo. Sin embargo, en este mismo curso ha compartido algo de su vida, por ello sabemos que ha vivido una experiencia terrible que la ha marcado desde entonces (no la comento porque así lo pidió ella). Eso facilita comprender mejor sus actitudes, que en ocasiones me resultan difíciles de manejar.

Un día de noviembre

Hace un par de días vino Gerónimo a mi cubículo, uno de los dos hombres inscritos en la clase y que ha estado luchando con su propia historia y cómo escribirla. Vino a hablar con Pepe y conmigo sobre sus avances. En ellos incluía una especie de carta que escribió a su papá y a su mamá, sin pensar en entregarla. En ella narra lo doloroso que el divorcio había sido para él. Algo que marcó este proceso fue el hecho de que aún niño, Gerónimo tuvo que ir ante un juez para decidir si se quería quedarse con su papá o con su mamá. Esto sigue todavía presente, ya que es el único varón entre dos o tres hermanas, y su papá quiere que Gerónimo asuma la responsabilidad de ser el “hombre de la casa”.

Estando en mi cubículo, Gerónimo comentó que estuvieron hablando sobre mi libro *Atrapada en provincia* (2014) en una clase de metodología cualitativa, para referirse a la autoetnografía. Les dijo que:

Hacer autoetnografía no es fácil, la verdad que no es nada fácil. Les dije a mis compañeros que tratar de escribir sobre uno mismo es muy difícil porque tiene uno que revivir sentimientos dolorosos.

Le respondí, *muy bien, Gerónimo, ¡eso tengo que escribirlo! Y aquí estoy.*

Pepe ha estado yendo a la clase para trabajar con las alumnas en mejorar su redacción, haciendo ejercicios de escritura creativa, y revisando sus sintaxis y su ortografía. Cuando iniciamos con esta segunda parte del taller de autoetnografía, acordamos que solo yo estaría presente las primeras dos horas de la clase, trabajando sobre los temas que habíamos empezado a elaborar desde el semestre anterior, y que él estaría con nosotras el resto del tiempo para trabajar sobre cuestiones de escritura solamente.



Poco a poco, ellas y los únicos dos hombres que tomaron el curso, fueron abriéndose a compartir sus textos con Pepe para que revisara, inicialmente, su sintaxis y ortografía. Pero, conforme fue avanzando el semestre, él participaría además con opiniones sobre sus temas, y al final terminamos los dos revisando y comentando sus trabajos en asesorías individuales.

Para mí ha sido positiva la presencia de Pepe en este proceso por varias razones, siendo una de las más importantes su apoyo como otro adulto que compartiera conmigo la responsabilidad de comentar los textos. Asimismo, Pepe ha sido un interlocutor “externo” que me ha ayudado a confrontar mi realidad sobre los problemas que surgen durante la clase.

Sin embargo, a veces no es fácil compartir mis propias experiencias en clase, ya que tengo que lidiar con el hecho de que también él testifique aquello que comparto en el aula. El último día del semestre, por ejemplo, me sentí expuesta; hablé de mi relación con un novio que tuve por cinco años durante mi vida universitaria, de no saber cómo lidiar con los varones en mis relaciones amorosas y la conquista, en fin... no aparecí tan ecuánime como me gusta verme, cosa que ya solo con las alumnas me cuesta trabajo aceptar. Y claro, ahora que lo escribo me digo: *¡Qué barbaridad! Tanto predicar lo contrario y a la hora de mostrarme vulnerable, me siento exhibida.*

Y es que en ese espacio que construimos desde el semestre anterior, hemos compartido muchas experiencias y sin excepción alguna todas nos hemos mostrado vulnerables. Por el contrario, una y otra vez que Pepe ha compartido tanto el contenido de algunos textos como sus experiencias personales, siempre parece bajo control y poco ha compartido en clase sobre sí mismo. Sé que un día que yo no estaba presente, les leyó parte de un texto sobre su experiencia de cuidar ancianos con demencia senil cuando vivó en Francia, pero yo lo he leído y también ahí me dio la impresión de tener las cosas bajo control. Como nosotros timoneamos el barco juntos, por decirlo de algún modo, me siento doblemente vulnerable: la Silvia de antes me dice que estoy poniéndome donde no debo cuando me asumo como una más entre “*el común de los mortales*”. Sigo lidiando con esa idea que aprendí como profesional de la sociología de que quien investiga no expone sus sentimientos y menos aún los mezcla con los resultados de sus investigaciones o los saca a relucir en sus clases de metodología.

Además, siento que a partir de los ejercicios de escritura, Pepe ha hecho que compartamos también sentimientos y formas de ver el mundo de una manera menos dolorosa de lo que lo hacíamos sin su presencia. Asimismo, en más de una ocasión Pepe y yo hemos discutido sobre por qué la autoetnografía tiene que centrar la atención en las epifanías sufridas. A pesar de que hay razones para ello, los comentarios de Pepe me remiten a los de algunas otras personas que me tienen la suficiente confianza como para expresarse con sinceridad, o que más bien sus comentarios son demasiado importantes para mí. Cuando terminó de leer el libro *Atrapada en provincia* (2014), mi mamá parecía molesta sobre el contenido. Esa era una sensación que pude experimentar por su tono de voz y la seriedad con la que lo decía, la verbalizó en dos comentarios: *Ay Silvi, pobre Marie* (mi prima belga de quien digo que cuestionó mi resistencia a la maternidad por interferir con mi carrera académica). *Ah, y el Tito* [mi hermano] *me comentó que antes de leer tu libro no se había dado cuenta de que habías sufrido tanto.* Utilizó pocas palabras y se refirió a otras cosas, ninguna en donde ella estaba mencionada.



El caso es que no quisiera victimizarme o que el libro pareciera un rosario de eventos dramáticos. Pero como a lo largo del proceso de escribir, rescribir, editar y reeditar, estuve tratando de encontrar las pequeñas epifanías que me llevaran a entender por qué se me había hecho tan difícil aprender a vivir en una ciudad media, a veces pienso que hubiera tenido que referirme a eventos gratos y equilibrar así mi narración. A fin de cuentas, sigo viviendo en esa ciudad y estoy bien, al menos mejor de lo que puedo imaginar e imaginarme en otros lugares.

Diciembre

Estoy leyendo el texto de un alumno de otra materia que escribió sobre los hinchas y el fútbol. Me siento muy honrada de poder conocer sus experiencias y pienso lo rico que sería seguir apoyando a más estudiantes a escribir sobre sus vidas desde una perspectiva autoetnográfica. Sabiendo de las experiencias de este alumno y de Jaime, que en autoetnografía ha escrito sobre sus pintas en las calles, me emociona pensar que pueden transmitir sus experiencias dimensionándolas sociológicamente, y dignificándose y resignificándose como personas.

Jaime ha estado escribiendo durante un año sobre las pintas que hace y lo importante que es todo esto para él. Sin embargo, cuando lo invito a que publique sobre su experiencia, me dice que no, que piensa que no podría porque lo que hace no está bien, es ilegal. Cómo quisiera convencerlo de que tiene derecho, que hay miles de jóvenes en otros países haciendo lo mismo, dignificando y reivindicando su trabajo como arte. Imagino que podría ir por ejemplo a Estados Unidos y compartir sus experiencias con otros jóvenes, ver cómo su trabajo se ha llevado a museos, cómo se ha legislado para impedir que se borre de las paredes, en fin, tantas cosas que le permitirían reconocerse como un agente social desde un discurso sociológico más libre de ataduras de las convenciones legalistas de esta ciudad en la que vivimos.

Lo que aprendí de esto

Terminó el curso y puedo ver cómo este proceso me llevó a replantearme varias cosas. Para empezar, ha cambiado mi concepción de lo que significa enseñar, la relación que establezco con las y los alumnos, y mi conocimiento de ellos como personas.

Sobre nuestra relación

Antes del curso de autoetnografía conocía a todas menos a una de las alumnas, les había dado clases en semestres anteriores. Aunque hablábamos a veces de temas que tenían que ver con nuestra vida cotidiana, sabía yo poco de lo que pensaban y todavía menos de las múltiples encrucijadas personales y situaciones familiares por las que pasaban. Y eso que ya desde entonces había yo cambiado en comparación con mis primeros años como docente en la universidad en los que era muy distante y exigente.

A partir de que empezamos con el curso de autoetnografía, pudimos ir rompiendo barreras y construyendo relaciones de mayor confianza y transparencia. Esto sucedió, sí, en





diferentes grados, pero en general fue muy distinta de la existente hasta antes de ese entonces. Para empezar, cada estudiante había ido desenmarañando los temas que consideraba habían marcado su vida; las cuatro horas que compartimos cada viernes durante dos semestres pudieron convertirse en un espacio donde hablar sobre cuestiones de gran relevancia en sus vidas, y escribir sobre las mismas una y otra vez.

Yo también tuve que romper las barreras que me impedían compartir temas que me han marcado como persona y que consideré debía expresar en clase para estar en una relación de reciprocidad. Unos seis meses antes de iniciar la clase, había salido publicado el libro del que hablo antes, *Atrapada en provincia* (2014), en el que daba cuenta de mi dificultad para aprender a vivir en Aguascalientes, cuestión muy vinculada con la trayectoria de mi vida en pareja con un hombre oriundo de esa ciudad y, en nuestros primeros años de residencia en ella, alto funcionario público.

Cuando salió el libro, me había negado a presentarlo en Aguascalientes pues, me decía a mí misma, no se trata de hablar de una ciudad en particular, ni de quienes he conocido y puedo proteger su anonimato, pero mucho menos de quien había sido mi pareja, que era fácil de identificar en el ámbito local. Por ello traté de que no estuviera tan visible el libro en Aguascalientes y ciertamente en ese entonces, ni me imaginaba dando una clase de autoetnografía como materia optativa en la carrera de sociología. Pero las cosas se fueron dando y cuando armé el programa del curso, no consideré justo dejar mi libro fuera de la lista de bibliografía sugerida, ya que era bastante reducida la cantidad de artículos que había publicados en español. Así, de maneras inciertas, con tropezones y con aproximaciones paulatinas, tuve que compartir mi historia en clase.

Primer intento: les di a leer el prólogo, donde hago un recuento rápido del contenido del libro, y la última parte, donde discuto las implicaciones teóricas y metodológicas de mi acercamiento a los temas ahí tratados. Saqué fotocopias nada más de esas partes y se las entregué. Así fue como me resistí, una vez más y hasta donde me fue posible, a que conocieran las partes del libro que yo misma consideraba sensibles.

La autocrítica: *¿cómo puede ser que haga yo eso?, ¿es exactamente lo que quiero enseñarles que eviten! Es que no quiero exponerme, no quiero exponerlo a él...* En la semana posterior a esa clase platiqué con Daniel, alumno del doctorado a quien me referí anteriormente, que no sólo estaba usando la metodología, sino que ya se había atrevido a leer parte de su texto en la presentación de sus avances de investigación.

–Me siento mal Daniel. ¿Crees que les presenté mi libro a las alumnas de autoetnografía y le saqué la vuelta? Les di a leer el prólogo y la última parte. Y lo peor fue que no me comentaron nada, ni una sola palabra.

–Sí, me comentó Susana [alumna de ese curso mío y amiga de Daniel] que te había notado hermética; que no te habías abierto con el grupo.

–hghhm, ¡¿no me digas?!... bueno... lo voy a volver a intentar.

–¿Por qué no les lees algunos párrafos o eventos que escojas?, así se te hará más fácil.

–Sí, sí. Eso voy a hacer y ya te contaré cómo me va.



Segundo intento: marqué cuatro o cinco fragmentos para leerles en la siguiente clase. Llegué decidida a develarme más y les comenté: *Ahora que ya tienen un panorama general del contenido del libro, les leeré unos párrafos*. Silencio, los empecé a leer, los terminé todos, y más silencio. Después de unos segundos, para mí largos segundos, dije:

Para la clase pasada les pedí que revisaran el prólogo y el último capítulo, con los cuales yo me sentía menos vulnerable. No quería abrirme porque en primer lugar no tenía la intensión de exponer a mi entonces pareja, además –les dije– como saben que la mamá de Alicia y yo somos buenas amigas, tampoco quería que Alicia se sintiera expuesta frente a ustedes en caso de que en el libro hablara de cosas de su familia que ella no quisiera compartir.

En ese momento Alicia empezó a hablar, y habló de lo difícil que había sido para su mamá, originaria también de la ciudad de México, vivir en Aguascalientes y asumir un rol que no le agradaba. Alicia habló, dijo mucho más de lo que le habíamos escuchado antes tanto sus compañeras y hasta sus mejores amigas y yo, que la conozco desde que nació. También lloró, algo que ninguna habíamos presenciado nunca antes. Estábamos conmovidas, a la mejor por diferentes razones, pero sus compañeras le comentaron: *nunca habías llorado enfrente de nosotras Alicia... todo el tiempo que teníamos de conocernos y nunca nos habías dicho que te dolía eso, crees que por no tener tantos problemas económicos y porque tú sí tienes papá, todo debería ser muy fácil.*

Creo que fue un buen encuentro. Me dio mucho gusto que Alicia hablara de sus sentimientos y reconociera frente a sí misma que su situación tenía algunas cosas buenas, pero otras eran problemáticas; que se pusiera en un plano similar al de sus compañeras y amigas a pesar de que en algunos aspectos tenía una condición privilegiada respecto a ellas. Yo dejé que las cosas se dieran. Creo que abordamos uno de mis temores de manera positiva, pues tratamos el hecho de que Alicia estuviera en mi libro y de cómo ella se sentía vulnerable.

A mí me ha pasado como a Alicia. Me he sentido demasiado privilegiada y ajena a la dinámica de la universidad, sobre todo cuando interactúo con las y los alumnos. He visto cómo lidian con la falta de recursos económicos, tanto para pagar la colegiatura, como para comprar libros, que va, para pagar las fotocopias (aunque con sorpresa testifico lo que están dispuestos de pagar en cosas como bebidas alcohólicas, zapatos y maquillaje); he escuchado sobre los largos recorridos que hacen en camión o algunos hasta caminando para no gastar en pasajes; también he tenido que ir entendiendo cómo pautan su concepción del mundo, el ser en su mayoría originarios de Aguascalientes, haber vivido en el mismo barrio, compartir el catolicismo predominante, etc. Eso en ocasiones, sobre todo en los primeros años, me ha distanciado de ellos porque no nací aquí, soy defeña, estudié el posgrado en el extranjero, hablo inglés, me resulta importante arreglar mi cubículo, me arreglo más casual que muchas de mis colegas y a veces hasta más que las alumnas. Esas cosas me hacen sentir muy diferente y por ello he tendido a esconderme y aislarme.

El año que he compartido con ellas y con ellos en el taller de autoetnografía me ha permitido acercarme más a su mundo, a sus retos, a sus pérdidas... y no solo eso, también me ha ayudado a encontrar temas y formas de entenderles, en los que puedo compartir mis opiniones, mostrarles cuestiones que considero pueden serles de utilidad para comprender mejor sus



circunstancias y, a fin de cuentas, apoyarles e impulsarles a tomar decisiones más informadas. Eso me ha mostrado una faceta muy grata de lo que puedo hacer como docente.

Sobre la autoetnografía como metodología

Además de lo que la clase ha significado para mí –en cuanto a la enseñanza y para nuestra relación–, mostrarles esta manera de investigar y de escribir, me ha permitido contribuir a que reconozcan que sus biografías son legítimas fuentes de reflexión sociológica, y a estar en disposición de desprenderse de esa consigna disciplinaria aprendida año tras año en la carrera de sociología que afirma que quien investiga no puede hablar de su propia experiencia y en primera persona.

Recuerdo bien cuando a fines del primer semestre les dejé que hicieran una búsqueda de artículos sociológicos, que trataran el tema de su interés resultado de sus procesos de introspección sobre temas personales. El día que revisamos sus avances, Carolina, a quien le tocó empezar, dijo que iba a cambiar su tema porque no había encontrado artículos sociológicos que hablaran sobre lo que significaba haber crecido sin conocer a su papá.

La literatura que encontré –nos comentó– habla de los hogares uniparentales, y se refiere a las dificultades de las mujeres para sacar adelante a sus hijos, pero no encontré ninguno sobre cómo nos sentimos los hijos, así que voy a tener que cambiar de tema...

Jóvenes –comenté yo– se trata de que la bibliografía se adecúe a sus intereses, y no que cambien sus intereses porque no encontraron bibliografía sobre el tema.

Vi como bajó la cabeza y dijo *¡ay maestra...!* Entonces les hablé del texto de Rambo Ronai (1995) donde argumenta que la sociología pretende dar voz a quienes no la tienen y, sin darnos cuenta, los investigadores acabamos acallando nuestra propia voz, y terminamos haciéndonos a nosotros mismos lo que queremos evitar se haga a otros. Creo que en esa clase dimos un primer paso en el largo camino que hemos ido librando para comprender lo social, cultural y político desde lo personal.

Otra alumna, Isabel, escribió muchas páginas sobre la enfermedad de su mamá (similar a la arterioesclerosis múltiple) y el impacto tan tremendo que ha tenido en sus vidas desde que Isabel tenía doce o trece años, cuando les dieron el diagnóstico; ha podido ir dimensionando las repercusiones de la enfermedad tanto entre familiares cercanos, como en su propia historia de vida y hasta la relación con sus mejores amigos. Tuvo que pasar todo un semestre de compartir su situación para que por fin se decidiera a invitar a una compañera y un compañero, sus mejores amigos, a su casa. Ni con ellos quería compartir lo que era un hogar “*con sillas de ruedas, andaderas, medicinas por todos lados ...*” Después de compartirlo con ellos, al siguiente semestre, empezó a hablar más de la relación que tenía con su mamá, también un poco más de su hermano, que por cierto estudió enfermería creo que después de que diagnosticaron a su mamá; y, en un brinco hacia afuera de su aislamiento, decidió escribir su tesina sobre las condiciones prevalecientes en la ciudad para hacer (o no) posible la movilidad de personas como su mamá en los ámbitos públicos: calles y banquetas, parques y plazas, cines, teatros, y, en fin, todo un cúmulo de lugares a los que podrían acudir en familia, si la ciudad estuviera equipada para ello.



Sobre los temas de interés

Por último, este ejercicio grupal nos ha servido para conocer temas que les conciernen como jóvenes en el Aguascalientes actual, y a facilitar la vinculación entre nosotros para abordar cuestiones que, de no haber sido compartidas, seguirían pareciéndoles individuales y no motivo de abordaje sociológico. De entre todos los temas, quizá el más patente ha sido el papel tan desdibujado de una figura paterna en la familia. Es extraño que en una sociedad que llamamos patriarcal, esté tan ausente la figura de un padre jefe de familia. Ésta, o no existía en absoluto en su historia cotidiana del hogar (tres hijas de madres solteras), había muerto (en dos casos) o dejado la casa como producto de un divorcio (tres casos). Del total de las 14 personas inscritas en la primera parte del curso, solamente cinco tenían a su papá y a su mamá en casa, y de una de ellas, su papá tenía cáncer.

Esto me lleva a pensar que no hubiéramos llegado a la misma conclusión, si la estrategia metodológica y el método de recolección de la información hubieran sido otros. Asimismo, de no haber compartido sus narrativas individuales, no hubieran podido profundizar sobre la relevancia y las diferentes formas en que dicha ausencia pautaba sus vidas.

Otras temáticas que surgieron fueron relativas a sus relaciones amorosas, sus prácticas sexuales y sus cuerpos. Solamente uno de los temas relevantes para un alumno era de corte tradicionalmente sociológico y había sido objeto de estudio durante muchos años, aquel que refería a las pintas callejeras. Cabe destacar también que las temáticas no se definieron con toda claridad y desde un principio, sino que se fueron perfilando y elaborando en un proceso de acercamiento, que en algunos casos implicó “*cambiar de tema*”, como en el de Oli que decidió dejar de escribir sobre el cáncer de su papá y pasó a develar la importancia de su preferencia sexual y el aislamiento en el que había vivido en gran parte debido a ello.

Al final del trayecto

Quizá la consecuencia más importante de los procesos de indagación de las y los alumnos fue que escribir sobre temas y trayectorias personales les llevó a asumir con mayor claridad su nivel de agencia –esto es, una vez que fueron explicitando los temas que consideraban relevantes, las maneras en las que habían pautado sus vidas y las consecuencias a las que podían llevarles–, vieron con mayor claridad en qué medida eran capaces de hacerse cargo de sus vidas y tomar decisiones que les permitieran encontrar salidas en sus encrucijadas. Más aún, dado que hicimos el proceso como grupo, les fue posible ir estableciendo relaciones de mayor confianza y solidaridad entre sus pares, con Pepe y conmigo. Ello les permitió, desde un espacio de reflexión colectiva, hacer alianzas para decidir en torno a posibles estrategias de resolución de los retos enfrentados.

Lo anterior se remite al hecho de que hayan podido dimensionar aquello que en un principio consideraban como eminentemente personal –y por consiguiente fuera del ámbito de la discusión sociológica–, dentro de un contexto amplio y también con implicaciones culturales y políticas. Estoy convencida de que, si hubiéramos abordado el proceso de investigación desde otro ángulo metodológico, estos temas, sus temas, hubieran pasado desapercibidos.



Referencias

- Bénard, S. M. (2014). *Atrapada en provincial: un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Rambo, C. (enero de 1995). Multiple reflections of child sex abuse: And argument for a layered account. *Journal of Contemporary Ethnography*, 23(4), 395-426. doi:10.1177/089124195023004001

Bibliografía

- Bochner, A. P. (1997). It's about time: Narrative and divided self. *Qualitative Inquiry*, 3(4), 418-438. <https://doi.org/10.1177/107780049700300404>
- Burns, R. M. (2003). *Creative writing 101: Show vs. tell*. Colorado Springs Fiction Writer's Group. Recuperado de <http://www.wright.edu/~david.wilson/eng3830/creativewriting101.pdf>
- Ellis, C. (2000). Creating criteria: An ethnographic short story. *Qualitative Inquiry*, 6(2), 273-277. doi:10.1177/107780040000600210
- Ellis, C., (2004). *The ethnographic I: A methodological novel about autoethnography*. Walnut Creek, CA: AltaMira.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). Autoethnography: An overview. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, 12(1). Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>
- Jerz, D. G. (s.f.). *Show, don't (just) tell*. Recuperado de <http://jerz.setonhill.edu/writing/creative1/showing/>
- Preissle, J. y deMarrais, K. (2015). Teaching reflexivity in qualitative research: Fostering a reserach life style. En N. K. Denzin y M. D. Giardina (Eds.), *Qualitative inquiry and the politics of research* (pp. 189-196). Walnut Creek, CA: Left Coast.
- Richardson, L. (2000). Evaluating ethnography. *Qualitative Inquiry*, 6(2), 253-255). doi: 10.1177/107780040000600207
- Richardson, L. y St Pierre, E. (2005). Writing a method of inquiry. En N. K. Denzin e Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative Research* (3^a ed., pp. 1115-1126). Thousand Oaks, CA: Sage. Recuperado de <http://depthpsychotherapy.pbworks.com/f/Writing+A+Method+of+Inquiry.pdf>
- Tullis, J. A. (2013). Self and other ethics in autoethnographic research. En S. Holman Jones, T. E. Adams, y C. Ellis, (Eds.), *Handbook of Autoethnography* (pp. 244-261). Walnut Creek, CA: Left Coast.
- Vaughan, T. R. (1993). The crisis in contemporary American sociology: A critique of the discipline's domain paradigm. En T. R. Vaughan, G. Sjoberg y L. T. Reynolds (Eds.), *A critique of contemporary American sociology* (pp. 10-53). New York. NY: General Hall: